



PQ7297  
.Z3  
C3  
v.2

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

1908

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPITULO I.

Esperar la muerte.

Miguel, al caer, habia exclamado "¡soy muerto!" y esta exclamacion obligó á su contrario á alejarse de allí inmediatamente, y á tomar las disposiciones de viaje que hemos visto para ponerse lejos del alcance de la justicia.

Pero Miguel solamente cayó herido; la espada de Fernando habia penetrado en su pecho, pero no habia interesado ninguna parte noble.

Sin embargo, la herida era profunda, y sin nadie que atajara la sangre que de ella salia en abundancia, preciso era que la

muerte se apoderara de aquel cuerpo tendido en medio del campo.

Ni una casa, ni una choza, se veia próxima al punto en que fué el duelo.

Miguel miraba con ojos moribundos hácia todas partes, y solo encontraba tinieblas, soledad, sombras impalpables, y un cielo encapotado por negras nubes que interceptaban la luz de las estrellas, como el velo de la muerte la vista del moribundo.

De pronto la luz de un relámpago, acompañado de un espantoso trueno que fué á perderse poco á poco en la inmensidad con ruido sordo, como la rotacion de un carruaje sobre un hueco pavimento de madera, dió paso á algunas gruesas gotas de agua que cayeron sobre la faz del herido.

Miguel, que habia caido de espaldas, trató de volverse á un lado para ocultar la cara y evitar el desagradable golpe del agua que le daba en el rostro; pero no tuvo ya fuerzas para cambiar de postura, y tuvo que sufrir el continuo goteo que se desprendia de las nubes y mojaba su semblante. Entonces conoció lo poco, lo nada que vale el

hombre. El, tan robusto, tan activo, tan fuerte, tan lleno de vigor y de vida hacia un instante, ahora no puede ni aun mover un brazo para cubrirse con la mano la faz y defenderse del agua. Este pensamiento le dió nuevo valor, y creyendo aún que todo cede á la fuerza de una voluntad firme, trató de hacer el último esfuerzo para colocarse bien y morir menòs penosamente; pero la parte material no correspondió á la espiritual, y cuando la voluntad luchaba enérgica para moverse de aquel sitio, sus miembros permanecian flojos, helados como el mármol frio de una estatua á causa de la mucha sangre que habia perdido.

—¡Esperemos la muerte!....

Dijo con la mente mas bien que con los labios, viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos; y se puso á esperar con resignacion el último instante de su vida.

¡Cuántos pensamientos se agolparon en tropel á su imaginacion en aquel momento solemne, en que el alma se despide de todos los objetos de la tierra!

Allí recordaba los instantes de inmensa

felicidad que Luisa le hiciera concebir, antes que deberes sagrados los separaran: allí la contemplaba jurándole amor, humedecidos sus bellos ojos en dulces lágrimas brotadas por la intensa pasión de una alma que solo vive de amor.... Creía escuchar su melodiosa y dulce voz, contemplar su angelica sonrisa que reflejaba todo el cariño de un corazón virgen, y aspirar su balsámico aliento, aliento embriagador, mas puro que el aroma de las flores que, filtrándose por todos sus miembros, vertía en ellos una languidez dulce, angelical, inexplicable, que le trasportaba á otro mundo, á otras regiones en que presentia una existencia sin término y una felicidad sin guarismo.

A estas ideas sucedieron, de repente, otras menos gratas, menos fantásticas, menos deslumbrantes. Recordó el sitio en que se hallaba; miró que estaba tendido en un lago de sangre; lejos de su cariñosa prima y de sus ancianos padres; olvidado de todo el mundo; espirando en medio del campo y de la soledad, en tanto que Luisa, rodeada de admiradores, entregada á los goceos de

la sociedad, bailaba al son de estrepitosa música, sin pensar siquiera ni un solo instante en él.... ¡en él que la quería tanto!.... ¡en él que perdía la vida por su amor!.... ¡en él que la consagraba el último pensamiento!....

Miguel conoció todo el daño que le causaba la memoria de los objetos que tanto había amado, y para no ocuparse en ellos, dirigió su pensamiento á otro mundo mas grande, libre de la corrupción, de las miserias, del orgullo y de la falsedad que en el nuestro imperan.

—¡Dentro de un momento, pensó, voy á comparecer ante la presencia de Dios!

Y este terrible pensamiento le hizo temblar por la vez primera en su vida.

Leyó en el fondo de su conciencia algunas páginas de su existencia, manchadas con las debilidades humanas, y pidió perdón de ellas al Sér misericordioso, que siempre está dispuesto á perdonar.

La idea de la eternidad se le presentó inmensa, grande, imponente y sublime. Midió lo fugaz de la vida de que iba á salir, con

lo largo de aquella en que iba á entrar dentro de breves instantes, y le pareció aun menor que un grano de arena comparado con la extension del ancho mundo. En esos instantes en que el alma va á emprender un largo viaje, del que no volverá jamas, es cuando filosofa el hombre. Cuanto mas se acerca á él, mas conoce las miserias de la vida, y mas se prepara para emprenderlo. Por eso, cuando llega á la vejez, trata de expiar las faltas de su juventud, y hasta nos parece intolerante con la nueva generacion, á la cual acusa de irreligiosa y corrompida. Miguel echó una mirada al pasado, y vió que el hombre, en el curso rápido que emprende desde la cuna al sepulcro, no deja rastro alguno de su existencia; que apenas muere, el olvido cubre su memoria sin dejar recuerdo en su tránsito, como un bajel cruza el Océano sin que deje huella ninguna de su paso en las espumosas ondas que vuelven á juntarse en el mismo instante que se aleja.

—¡Y por un mundo que olvida—continuó pensando:—por un mundo que el pri-

mer dia nos dedica una lágrima, el segundo un tibio recuerdo, y que el tercero nos olvida; por un mundo donde el cariño halla por recompensa la ingratitud; la amistad amargos desengaños, y los generosos sacrificios indiferencia y falsedad, nos descuidamos de nosotros mismos; de ese Dios todo amor, todo bondad, que nos espera como recto Juez para premiarnos ó castigarnos por toda una eternidad!.... ¿Cuál es el lugar que le espera á mi ánima que lucha ya por separarse del cuerpo en que está aprisionada?....

Y su alma se replegó en sí misma, y recogió sus últimos espíritus para entregarse toda entera al Sér Supremo, único que puede favorecer al hombre en el último trance de la vida.

De repente sintió que una venda le ponian en los ojos: miró entre el espacio que dejaban las nubes al separarse, el imperceptible brillo de los astros que volvian á ocultarse, como los fuegos fátuos que exhala la tierra y que desaparecen en el fondo oscuro de las nocturnas sombras; poco des-

pues vió extenderse, encima de su cabeza un velo oscuro, como el paño mortuorio que cubre el ataúd, hasta que por último quedó en completa oscuridad.

—¡Ya nada veo!

Dijo interiormente; y poco á poco fué quedando sin movimiento y sin sensibilidad.

En medio de aquella espantosa soledad, y por entre los árboles que adornan el paseo de Bucareli, se dejaron ver en aquel instante dos hombres envueltos en ordinarias frazadas, cubiertos la cabeza con anchos sombreros de petate, y á quienes la oscuridad prestaba mayores formas de las que en realidad tenían.

Las gotas de agua que poco antes habían empezado á caer, se convirtieron en menuda y espesa lluvia, iluminada, con frecuencia, por los relámpagos que precedían al espantoso trueno.

—Ya solo nos falta por registrar el cielo y el infierno.

Dijo uno de aquellos hombres, santiguándose con respetuosa devoción al herir sus ojos la luz de la explosión eléctrica.

—Sí;—contestó el otro—porque el mundo no tiene ya rincón que no hayamos visto. Dos noches hace que le buscamos, y todas nuestras diligencias han sido inútiles.

—¡Calla!.... ¿No has visto allí abajo un bulto como el de un hombre tendido?

—¿Dónde?

—Mira.

Dos relámpagos que brillaban casi á la vez, iluminaron por un momento el sitio hácia el cual señalaba con el dedo.

—Cierto; allí hay un hombre en el suelo.

—¿Si será D. Carlos?

—Corramos á ver.

Los dos hombres, cuyo ordinario traje daba á conocer que pertenecían á la clase mas humilde del pueblo, se dirijieron hácia el sitio en que se encontraba Miguel; inclináronse para reconocer sus facciones; y un nuevo relámpago, mas prolongado que los anteriores, les hizo ver que no era la persona que buscaban.

—¿Está muerto?

—No; está herido: todavía respira aunque débilmente.

- Y es de buena familia segun el traje.  
 —¿Y qué hacemos ahora con él?  
 —¿Cómo qué?... llevarle á casa de nuestra señorita, para auxiliarle en lo que se pueda.  
 —Tienes razon.  
 —Extiende tu frazada en el suelo, y coloquémosle en ella para que vaya mejor.  
 —Ya está.  
 —Ahora cógele de los hombros, y ayúdame á ponerle bien.  
 —¿Cómo pesa!  
 —Y su ropa está empapada en sangre y agua.  
 —Temo que espire antes de llegar á casa.  
 —Pues no perdamos tiempo.

Y los dos, despues de colocar al herido perfectamente, cogieron la frazada de los extremos, y echaron á andar hácia la Ribera de San Cosme, descansando de vez en cuando en los asientos de piedra que hay á lo largo del paseo.

Al llegar al Puente de Alvarado, el ruido de sus pasos y de las palabras que se dirijan, atrajo la atencion de otro hombre que

llamaba á la puerta de una casa situada en la esquina de la plazuela de San Fernando sin que nadie le respondiera.

Aquel hombre era Enrique, el cual no habiendo encontrado á Rossi en el café, volvió al salon del baile: allí, al preguntar á su hermana por Miguel, supo que habia salido con Fernando; y como creyó que el encuentro de los dos no podia dar otro resultado que un desafio á muerte, volvió á salir á la calle con intento de evitarlo. Sin embargo, no habiendo logrado encontrarles en ninguna parte, y viendo que el baile habia terminado, se encaminó á casa de su cuñado para exigir de él la verdad de lo que habia pasado; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando se encontró con que nadie habia dentro de ella!

—Sin duda le ha matado y ha huido.

Pensó interiormente, y se quedó con los brazos cruzados.

En aquel momento hirió su oído el ruido de los pasos y las palabras de los que conducian al herido.

Enrique, por uno de esos presentimien-

tos incomprensibles del corazón, creyó que el hombre que llevaban era Miguel; impulsado de esta idea, cruzó de una acera á la otra; fijó los ojos en el cuerpo tendido en la frazada; dió un grito espantoso, y preguntó con voz terrible y amenazadora:

—¿Quién ha matado á este hombre?

—Lo ignoramos—contestó uno de los que le conducian:—le hemos encontrado en el paseo de Bucareli, y hemos querido traerle para que en casa de una familia muy buena le socorran.

—¿Es decir que no va muerto?

—No señor; está herido solamente; pero ha perdido tanta sangre, que no habla ni vé.

—¿Y está lejos la casa de esa familia que decís?

—En la Plazuela de Buenavista.

—Ya estamos cerca, no nos detengamos.

—Ahora menos que nunca.

Y los que conducian á Miguel apresuraron el paso; poco despues se detuvieron enfrente de la puerta de una casita cercada de árboles, y llamaron á ella.

—¿Quién es?

Preguntó desde adentro una voz dulce de mujer.

—Nosotros, señorita Pilar.

Al instante se abrió la puerta, y se presentó con una luz en la mano, la hermosa hija de D. Andrés. Cuando vió entrar á sus criados conduciendo un hombre herido, se abalanzó á ellos llena de afán y de dolor exclamando.

—¿Es mi hermano Cárlos?

—No señorita. Es un hombre desconocido para nosotros: un amigo de este señor, á quien hemos encontrado tendido en el paseo de Bucareli.

—¡Infeliz!—exclamó Pilar enternecida—colocadle al punto en la cama de mi hermano, y corred uno al instante por un médico.

—¿Cuánto tengo que agradecer esa bondad, señorita!

Dijo Enrique, mientras los criados se encaminaban, acompañados de la jóven, y seguidos de él, al cuarto destinado al herido.

—No hago mas que cumplir con un deber que nos impone la humanidad. ¡Tal vez

pagamos así los favores que otra familia prodiga á mi querido hermano, cuyo paradero ignoramos!

—Voy por el médico—dijo uno de los criados en cuanto colocaron al herido en la cama:—por fortuna vive á un paso de aquí.

Y marchó sin detenerse, á la vez que D. Andrés, atraído por el ruido, salió de su alcoba y se presentó lleno de agitacion en la pieza.

—¿Es Cárlos?

Preguntó con ansiedad y pálido como la muerte, al ver ocupado el lecho de su hijo.

—No, papá; es un amigo del señor, que han encontrado herido en el Paseo.

—¡Ah!.... tal vez á mi Cárlos le habrán asesinado!....

Exclamó el anciano, derramando un torrente de lágrimas:—¡Hijo de mi corazón!

Y D. Andrés se dejó caer abatido en una silla: su hija corrió á su lado para socorrerle.

—Por lo poco que he oido—dijo Enri-

que—está vd. inquieto por la desaparicion repentina de su hijo.

—¡Ah!.... sí señor; de un hijo que era mi amor, mi esperanza, y que despues de mi muerte debia ser el sostén de su desgraciada hermana.

—Pero ¿no sospecha vd?....

—Nada. Habia dado en salir todas las noches al toque de ánimas, y de volver á la una; pero ignoro á dónde iba, y hace dos noches que no vuelve á mi lado.

Enrique vislumbró un rayo de luz. Sale al toque de ánimas, dijo para sí, y vuelve á la una. ¿No era aquella la misma hora en que salia y volvia Fernando?.... Además, hacia dos noches que habia desaparecido, de la lista de los vivientes, un jóven en la lógia de San Juan de York.

Este recuerdo heló la sangre de Enrique, quien temiendo que se realizaran las sospechas que le asaltaban, preguntó:

—¿Qué traje llevaba su hijo de vd. la noche última en que salió?

—Levita y pantalon de casimir rayado,

chaléco de raso negro, corbata sucarnada y sombrero de paja.

—¿Y sabe vd. si tenia algun enemigo?

—Uno solamente: Rossi.

—Es el mismo.

Dijo para sí Enrique; pero disimulando su sorpresa, y ahogando el dolor que sentia con el recuerdo del sangriento fin que habia tenido el hijo de aquel inconsolable anciano, añadió en alta voz.

—Pero si hubiera sucedido alguna desgracia, como la que vd. teme, no podria permanecer oculta tanto tiempo: un acontecimiento de esa naturaleza, pronto llega á saberse, por mas cuidado que sus autores tengan en ocultarlo.

Don Andrés iba á contestar; pero la llegada del médico puso fin á aquel diálogo, que empezaba á afectar de una manera demasiado profunda á los tres personajes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPITULO II.

El herido.

Diez horas han trascurrido desde que Miguel, asistido con la mayor solicitud, y rodeado de toda su familia, se encuentra en su casa entregado á un dulce sueño, producido por el corto alimento que ha tomado despues de tantas horas de riguroso ayuno; tiene cerrados sus grandes ojos, y sus largas pestañas dibujan una línea oscura debajo de sus párpados: en sus mejillas nótese un apacible tinte, semejante al de la flor blanca cuando acaba de abrir su boton, revelando un gérmen de vida; y su mano derecha puesta sobre el pecho, como indicando el amor puro que debajo de ella existe.